

sear que los partidarios de esos principios, transmitidos desde Descartes hasta los ecléticos prekantianos, principios que aún profesan en el día muchos hombres ilustrados de Europa, ensayasen una vez la mencionada piedra de toque.

El verdadero símbolo de la naturaleza será siempre y en todas partes el círculo, pues representa el retorno; tal es, en efecto, la forma más general en la naturaleza. Lo aplica á todo, á la marcha de las constelaciones como al nacimiento y la muerte de los seres orgánicos. Mediante esta forma es como se hace posible, á pesar de la incesante fuga del tiempo con cuanto en él se contiene, la posibilidad de una existencia permanente; en otros términos, la posibilidad de la naturaleza.

Cuando en el otoño examinamos el mundo reducido de los insectos, se ve al uno preparar su cama para dormir aletargado el largo sueño del invierno; al otro, hilar su capullo para pasar el invierno convertido en crisálida y despertar en la primavera más joven y más perfecto, y á otros, en fin, que forman el mayor número, y se proponen gustar el reposo en brazos de la muerte, limitarse á preparar un abrigo conveniente para sus huevecillos, de donde saldrán un día renovados. Así se aprende á conocer el gran dogma de la inmortalidad que nos enseña la naturaleza. Quiere hacernos comprender ésta que entre el sueño y la muerte no hay diferencia radical y que la una no compromete más que el otro la existencia. El cuidado con que el insecto prepara su célula, su agujero ó su nido, y deposita su huevo con provisiones para las larvas que saldrán en la primavera, tras lo cual muere tranquilamente, se asemeja por completo al cuidado con que el hombre prepara por la noche su ropa y

su desayuno para el día siguiente por la mañana, y se va luego tranquilamente á dormir. Bien mirado, no podría suceder esto, si en sí y en su verdadera esencia el insecto que muere en otoño y el quesale á luz en la primavera, no fuesen idénticos como lo es el hombre que se acuesta por la noche y se levanta á la mañana.

Si tras estas consideraciones, y volviendo á nosotros mismos y á nuestra especie, miramos á lo lejos en lo por venir y tratamos de representarnos las generaciones futuras y sus millones de individuos, tan diferentes de nosotros por sus usos y costumbres, muy luego, de repente, nos preguntamos: «¿De dónde podrán venir todos estos seres? ¿Dónde estarán ahora? ¿Dónde están las entrañas de esa nada, preñada de mundos, que contienen esas futuras generaciones?» No hay que tomar á risa estas preguntas, y la respuesta no podría ser más que ésta: «¡Dónde ha de estar todo eso, sino allí donde la realidad es y será en toda eternidad, á saber, en el presente, con todo cuanto contiene, y, por lo tanto, en ti, ciego preguntón, que desconociendo tu propio ser, te asemejas á la hoja que, unida aún á la rama, pero marchita y próxima á caer, se lamentará de su muerte, no queriendo consolarse con la perspectiva del fresco verdor de que se vestirá el árbol en la primavera, y exclamase desconsolada: ¡ese verdor no seré yo, le formarán otras hojas! ¡Hoja insensata! ¿dónde piensas, y de dónde crees que vendrán las otras hojas? ¿Dónde está esa nada cuyo abismo temes? Reconoce tu propio ser, ese mismo que siente tal sed de existir; reconócele en la fuerza interior misteriosa que hace brotar el árbol, y que siendo siempre una misma en todas las generaciones de hojas, se halla á salvo del nacimiento



y de la muerte. Y con el hombre sucede lo que con la hoja.

*Qualis foliorum generatio, talis et hominum.*

Que la mosca que zumba en este momento alrededor de mí se duerma por la noche para comenzar de nuevo su zumbido, ó que muera esta noche, y á la primavera otra mosca salida de algún huevo de la primera se ponga á zumbiar, es la misma cosa en sí. De ahí que un conocimiento que no considere esto como la misma cosa, sino como cosas distintas, no es un conocimiento absoluto, sino relativo, fruto de una inteligencia que no sabe ver más que el fenómeno, pero no la cosa en sí. Por la mañana, la mosca está de nuevo presente; en la primavera lo está también de nuevo. ¿Qué es lo que distingue al invierno de la noche? Lee- mos en la *Fisiología* de Burdach, vol. I, § 275: «Has- ta las diez de la mañana, no era visible todavía (en cierta infusión) ni un infusorio; á las doce, todo el agua hormigueaba de ellos. A la noche mueren, y al día siguiente nacen otros. Nietzsche ha observado el hecho durante seis días consecutivos.»

Así, todos los seres duran un instante y corren ha- cia la muerte. El vegetal y el insecto mueren al ter- minar el estío. Otros animales y el hombre al cabo de algunos años. ¡La muerte siega infatigablemente! Y, sin embargo, como si nada de esto acaeciese, todo se encuentra en todos los momentos en su lugar, como si todo fuese inmortal. Por toda la eternidad verdea y florece la planta, zumba el insecto, existen el animal y el hombre con juventud inalterable, y cada estío vuelve á traernos las cerezas que mil veces hemos gustado. Los pueblos son también individuos inmor- tales, aunque mil veces cambien de nombre; ni en sus

hechos, sus gestos y sus dolores, hay nada que no sea siempre lo mismo, aunque la historia pretenda referir siempre algo nuevo. Por el contrario, es un kaleidos- copio que nos muestra en cada vuelta una nueva com- binación de figuras, pero formadas siempre con los mismos elementos que tenemos delante de los ojos.

Podemos, pues, negar que esos nacimientos y esas muertes sean la esencia de las cosas, y afirmar que el ser íntimo permanece intacto y eterno, y que toda cosa ó toda criatura que *quiere* existir, existe realmente sin interrupción y sin fin. Conforme á esto, en cualquier momento dado, todas las especies de animales, desde el mosquito al elefante, existen presentes y completas. Se han renovado ya muchos millares de veces, pero siguen siendo las mismas. No saben nada de sus con- géneres que vivieron antes ó vivirán después de ellas; es la especie la que vive en todos los tiempos, y los individuos poseídos del sentimiento de su inmortalidad y de su identidad con ella, viven gozosos y animados. La voluntad de vivir se aparece á sí misma en un pre- sente infinito, porque el presente es la forma de exis- tencia para la especie que se conserva siempre joven y no puede envejecer. La muerte es para ella lo que el sueño para el individuo, ó lo que el entornar el pár- pado es para el ojo. En la falta de este parpadeo se reconoce á los dioses indios cuando se aparecen bajo forma humana. Así como la noche hace desaparecer al mundo sin que éste deje de existir por eso un ins- tante, el hombre y el animal desaparecen con la muer- te, permaneciendo intacta su verdadera esencia. Re- presentémonos esas alternativas de nacimiento y muer- te por vibraciones infinitamente aceleradas, y tendre- mos la imagen de la objetivación permanente de la voluntad, de las ideas eternas de los seres, inmóviles



como el arco-iris que corona una cascada. Esta es la inmortalidad temporal, y ella es la que hace que á pesar de los millares de siglos de muerte y descomposición, nada se haya perdido hasta ahora, ni un átomo de materia, ni menos la menor partícula de esa sustancia íntima que constituye la naturaleza. Podemos, pues, decirnos en cualquier momento, con el corazón sereno: «A pesar del tiempo, y de la muerte y la descomposición, ¡henos aquí á todos presentes!»

A lo sumo, habría que descontar á algún hombre que, fatigado de este juego, hubiese abandonado un día la partida, exclamando desde lo más hondo de su corazón: «¡Estoy harto!» Pero es todavía pronto para hablar de esto.

Sin embargo, conviene observar que los dolores de parto y las angustias de la muerte, forman las condiciones constantes que permiten á la voluntad de vivir mantenerse en su objetivación, para que nuestro ser en sí, asegurado contra la fuga del tiempo y la destrucción de las generaciones esté siempre presente y goce de los frutos de la voluntad de vivir que se afirma. Esto es semejante la condición de que para poder velar durante el día, necesitamos dormir por la noche, y ese es, en realidad, el comentario que nos ofrece la naturaleza para la explicación de este pasaje difícil de su libro (1).

El *substratum*, el relleno, el *pleroma*, la tela que constituye lo presente, es idéntica en todos los tiempos. Lo que nos impide conocer directamente esta identidad es el tiempo, forma y límite de nuestra inteligencia. El tiempo hace, por ejemplo, que lo por ve-

(1) La suspensión de las funciones animales es el sueño; la paralización de las funciones orgánicas la muerte.

nir no exista todavía para nosotros, pero descansa sobre una ilusión que advertimos tan prouto como ese porvenir se trueca en presente. Para darnos cuenta de ello, y para justificar que la forma esencial de nuestra inteligencia pueda producir ilusión semejante, debemos recordar que la naturaleza no creó á la inteligencia para comprender la esencia de las cosas, sino sólo los motivos, y que su destino es el servicio de un fenómeno individual y temporal de la voluntad (1).

El conjunto de las consideraciones expuestas hasta aquí en este capítulo, puede servirnos también para comprender la verdadera significación de la doctrina paradójica de los Eleatas, de que no hay nacimiento ni muerte, sino que todo existe inmóvil. Explican igualmente el hermoso pasaje de Empédocles, que Plutarco nos ha conservado en su libro *Adversus Coloten*, cap. XII.

Citaré también un pasaje notable de *Jacques le fa-*

(1) No hay más que un solo presente, y éste dura eternamente, pues es la forma única de existencia real. Conviene penetrarse bien de que lo pasado en sí, no se diferencia de lo presente más que en nuestra aprehensión, cuya forma es el tiempo, por el cual se distingue lo presente de lo pasado. Para facilitar la comprensión de esto, hay que representarse los acontecimientos y escenas de la vida humana, buenos y malos, felices y desdichados, gratos ó terribles, tales como los traen sucesivamente en su infinita variedad y en su perpetuo cambio el curso del tiempo y la diferencia de los lugares; hay que representárselos, repito, como existiendo á la vez, simultáneamente, y para siempre, en el *Nunc stans*, mientras que en apariencia sólo se manifiestan ya el uno, ya el otro. Entonces es cuando se comprenderá lo que significa realmente la objetivación de la voluntad de vivir. El placer que experimentamos ante los cuadros de género se deriva en su mayor parte de que fijan las escenas fugitivas de la vida. Del presentimiento de la verdad que acabo de exponer nació el dogma de la metempsícosis.



*taliste*, de Diderot, sorprendente, sobre todo por el lugar en que le hallamos: «Un castillo inmenso, en el frontispicio del cual se lee: No pertenezco á nadie y pertenezco á todo el mundo; estabais en él antes de entrar y estaréis todavía cuando salgáis.»

Es cierto que si el nacimiento saca al hombre de la nada, la muerte le vuelve á ella por la misma razón. Pero sería interesante poder conocer á fondo lo que es esa nada, pues no se necesita gran perspicacia para ver que esa nada empírica no es la nada absoluta. Para comprenderlo, nos basta observar que todas las propiedades de los padres se reproducen en su proge-nitura, y sobreviven, por tanto, á la muerte. Pero de este asunto trataré en un capítulo especial.

No hay contraste mayor que el que existe entre la incesante fuga del tiempo, que se lleva consigo todo su contenido y la rígida inmovilidad de lo que existe realmente y permanece siempre idéntico. Si se examinan bien objetivamente desde este punto de vista los acontecimientos inmediatos de la vida, se llega á ver distintivamente el *Nunc stans* que forma el centro de la rueda del tiempo. Para un ojo que viviera un tiempo infinitamente largo y que pudiese abarcar de una sola ojeada el género humano en toda su duración, el cambio incesante del nacimiento y de la muerte se presentaría sólo como una vibración permanente y no vería en él más que un nacimiento renovado siempre, que sale de la nada para volver á caer en ella, de igual modo que un carbón encendido al cual se hace girar, parece á nuestros ojos un círculo inmóvil, ó el resorte en vibración rápida un triángulo inmóvil, ó la cuerda vibrante un huso. De la misma manera, ese ojo imaginario vería la especie existir y durar y los nacimientos y muertes no serían para él más que vibraciones.

Tendremos siempre nociones falsas sobre la indestructibilidad de nuestro ser por la muerte, mientras no nos decidamos á estudiarla antes en los animales y persistamos en atribuirnos una muerte de naturaleza especial, bajo el pomposo nombre de inmortalidad. Esta arrogante presunción, así como las estrechas miras en que está inspirada, hace que la mayor parte de los hombres se nieguen á reconocer la verdad manifiesta de que en esencia y en los puntos importantes somos idénticos á los animales. La menor alusión á este parentesco les subleva. Esa resistencia á rendirse á la evidencia, es el obstáculo mayor para llegar al conocimiento verdadero de la indestructibilidad de nuestro ser, pues cuando se sigue una investigación por un camino falso y abandonando, por tanto, el verdadero, no pueden hallarse al final más que tardías decepciones. ¡Tengamos valor! ¡Vayamos á buscar la verdad sin dejarnos extraviar por prejuicios quiméricos y tomemos á la naturaleza por guía! Reconozcamos ante todo, contemplando las crías de cada animal, la existencia eternamente joven de la especie que comunica á cada animal recién nacido una juventud temporal, reflejo de su propia juventud inmortal y que le da un aspecto tan nuevo, tan fresco, como si el mundo datara de aquel día. Preguntémonos con sinceridad si la golondrina de esta primavera, es de todo en todo otra golondrina que la de la primera primavera del mundo, y si verdaderamente el milagro de una creación de la nada se ha repetido tantos millones de veces para preparar otras tantas el aniquilamiento absoluto.

Bien sé que si sostuviese seriamente que el gato que juega en este momento á mi lado es el mismo que hace trescientos años daba los mismos saltos y se entrega-



ba á los mismos juegos, me tomarían por loco, pero sería más loco aún el que creyese que el gato de hoy es esencial y enteramente otro que el de hace trescientos años. No hay más que contemplar seriamente y de buena fe un vertebrado superior, para ver claro que ese ser insondable, tal como allí se presenta en conjunto, no puede aniquilarse; mas, por otra parte, sabemos que es perecedero. Esto depende de que en aquel animal lo finito de su individualidad lleva el sello de lo infinito de su idea, de la especie. Es perfectamente exacto, en cierto sentido, que en cada individuo hallamos otro ser; pero esto sólo es cuando discutimos según el principio de razón que comprende el tiempo y el espacio, pues éstos son los elementos que constituyen la individuación. Y eso mismo no es exacto en otro sentido, en aquel que no concede realidad más que á las formas eternas de las cosas ó las ideas. Platón estaba tan penetrado de este modo de ver las cosas, que hizo de él el pensamiento fundamental y el punto central de su filosofía, y que la aptitud para asimilarse este punto de vista era, á su entender, el criterio de la capacidad filosófica en general.

Así como las gotas de la mugiente catarata se precipitan en polvo impalpable y su suceden con la rapidéz del relámpago, mientras que el arco iris que en ellas se basa permanece inquebrantable inmóvil y libre de ese perpetuo cambio, así también la idea, es decir, cada especie de seres vivientes, está á salvo de la renovación incesante que se observa en sus individuos. Y donde la voluntad de vivir tiene sus verdaderas raíces y se manifiesta es en la idea, en la especie; por eso sólo la conservación de la especie importa realmente. Los leones, por ejemplo, nacen y mueren, son las gotas de agua de la catarata, pero la

*leonitas*, la idea, la forma del león, es el inmutable arco iris. He aquí por qué Platón no reconocía verdadera existencia más que á las ideas, á las especies y atribuía sólo á los individuos un perpetuo venir á ser y perecer. Gracias al sentimiento profundamente íntimo de su condición imperecedera, cada individuo, animal ú hombre, camina con calma y con descuidada seguridad, entre la multitud de azares que pueden aniquilarle á cada momento y por una senda que conduce á la muerte directamente; en sus ojos se pinta la calma de la especie, á la cual la muerte no puede inquietar ni alcanzar. Los dogmas, siempre inciertos y mudables, no podrían dar al hombre tanta tranquilidad. Pero, como acabo de decir, el aspecto del primer animal en que nos fijemos nos muestra que la medula de la vida, la voluntad, no tiene que temer de la muerte en su manifestación. ¿Qué insondable misterio hay, sin embargo, en lo hondo de toda criatura? Contemplad cualquier animal, vuestro perro por ejemplo, tal como lo veis tranquilo y alegre. Millares de generaciones de perros han perecido para que él á su vez viniese á existir, pero todas esas innumerables muertes no han dañado en nada á la idea del perro; nada ha podido alterarla. He aquí por qué vuestro perro está tan alegre, tan lleno de vigor primitivo, como si hoy fuese su primer día y como si ningún momento futuro debiera ser su último momento; en sus ojos brilla el principio inmortal, el principio primero. ¿Qué ha perecido, pues, en esos millares de años anteriores? No ha sido el perro, puesto que está intacto delante de nosotros; ha sido su sombra, su imagen, en nuestro modo de conocimiento ligado al tiempo. ¿Cómo se puede creer siquiera que lo que está siempre presente, lo que se perpetúa al través de los tiempos, puede pasar? Em-



piricamente se explica diciendo que á medida que la muerte destruye unos individuos, el nacimiento produce otros, mas esta explicación empírica no explica más que la apariencia y reemplaza un enigma con otro. La concepción metafísica de la cuestión, aunque sea menos fácil, es la única verdadera y satisfactoria.

Kant, con su método subjetivo sentó esta verdad importante, pero negativa: que el tiempo no es una cualidad de la cosa en sí, puesto que existe preformado en nuestra facultad de conocer. La muerte es el fin temporal del fenómeno temporal; luego si suprimimos el tiempo no hay fin en realidad, y esa palabra pierde toda su significación. Por la vía objetiva que sigo aquí, me ocupo en este momento en exponer el aspecto positivo de esta verdad, demostrando que la cosa en sí no está sujeta al tiempo y que los fenómenos temporales no podrían tener ni siquiera esa existencia fugitiva, equivalente casi á la nada, si no contuviesen en el fondo un germen de eternidad. Esta eternidad no es verdaderamente más que una noción abstracta, que no se apoya sobre intuición alguna; su contenido es negativo y designa una existencia que no se halla ligada al tiempo. Sin embargo, el tiempo es meramente la imagen de la eternidad, como dice Plotino, y nuestra existencia temporal no es más, tampoco, que la imagen de nuestro ser en sí. Este debe de ser eterno, por lo mismo que el tiempo no es más que la forma de nuestro conocimiento, siendo el tiempo lo que nos hace ver nuestro ser y el de todas las cosas como pasajero, finito y perecedero.

He explicado en el segundo libro que cada uno de los grados de objetividad adecuada de la voluntad en sí, constituía la idea (platónica). En el tercer libro he manifestado además que las ideas de los seres tenían

por término correlativo el sujeto puro del conocimiento y que no las podíamos conocer más que excepcionalmente, en condiciones particularmente favorables para ello y de una manera pasajera. Por el contrario, al conocimiento individual, y, por tanto, temporal, la idea se le presenta bajo la forma de especie, que es la idea extendida, diluida, en cierto modo, por su ingreso en el tiempo. Síguese de ahí que la especie, es la objetivación más directa de la cosa en sí, es decir, de la voluntad de vivir. La esencia íntima de todo animal y asimismo la del hombre está en la especie, y en ésta es donde tiene sus raíces la voluntad de vivir, tan poderosa y tan activa. En cambio, sólo en el individuo existe la conciencia directa; por eso le parece ser diferente de la especie, por eso teme la muerte.

En el individuo la voluntad de vivir se manifiesta en el hambre y en el miedo á la muerte; en la especie, en el instinto sexual y en los cuidados apasionados para la conservación de la prole. De acuerdo con esto, la naturaleza que no participa de aquella ilusión del individuo se muestra llena de solicitud por la conservación de la especie, é indifente á la destrucción de los individuos; para ella éstos no son más que los medios, aquella es el fin. De ahí resulta el contraste sorprendente entre la parsimonia con que dota á los individuos, y la prodigalidad de que usa con la especie. Para ésta un solo individuo, árbol, pez, cangrejo, hormiga, etc., puede suministrar anualmente centenares de millares de gérmenes. Cuanto al individuo, cada ser no posee más que las fuerzas y los órganos indispensables para subsistir mediante un trabajo incesante; por eso un animal mutilado ó debilitado generalmente perece de hambre. Además, cuando se presenta ocasión de realizar una economía cuando